

MARÍA

CECILIA

BARBETTA

NOCTURNO

ESPLENDOR

MARÍA CECILIA BARBETTA

NOCTURNO ESPLENDOR

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN DE ARIEL MAGNUS

emecé

PRIMERA PARTE

BLOODY MARY

Elvio Gianelli palpó los bolsillos de su impermeable en busca de fósforos. Al salir de la casa con un cigarrillo encendido balanceándose en la comi-sura de los labios, sonaron las campanas de la iglesia, que acompañaban el despertar de su hija.

Teresa aún no presentía ninguno de los cambios que se avecinaban, pero cuando un poco más tarde el padre se unió a la familia con su clásico diario del domingo y una revista para chicos —prueba contundente de su mala conciencia— ya la habían puesto al tanto del estado interesante.

Durante el desayuno, en lugar de explayarse como de costumbre sobre las convulsiones de la política o sobre el tipo que había aparecido como un fantasma el día anterior, 9 de marzo de 1974, manejando a contramano por una de las avenidas principales de Buenos Aires, Elvio Gianelli quiso oír de boca de su hija si había imaginado la novedad y si se alegraba.

Teresa respondió que no y que sí, mientras trataba de arrancar el regalo de yapa adherido a la tapa de su *Antejito*.

—¡Pero no! —estalló.

Qué poco cuidadosa había sido, por Dios, el papel se había desgarrado, la mitad de las letras relucientes había desaparecido y de ahora en más la revista se llamaría ¡Ojito! Qué tontería, pensó Teresa con enojo: como si sirviera de algo que nos fastidien con una advertencia luego de que el asunto estuviera consumado. Y tampoco los ojitos eran siempre una ayuda. El padre, que desde hacía poco debía usar anteojos para leer, le había traído por si acaso una lupa a su hija. Teresa liberó el juguete del último pedazo de cinta como antes se había quitado las legañas, cuando no hubiera podido decir si la sombra que había descolgado el manojito de llaves de la pared y cerrado la puerta de entrada detrás de sí en cámara lenta era parte de sus sueños o no. La madre no se había levantado todavía cuando le preguntó con voz pastosa:

—Teresa, ¿estás despierta, mi amor?

Despierta y en guardia había estado la hija incluso durante la noche, como tantas otras veces. Con su pequeña estatuilla en la mano se había parado junto a la puerta del dormitorio de los adultos y había apoyado la oreja el tiempo suficiente hasta asegurarse de que reinaba la paz y no era necesario intervenir. Entretanto reposaba con cierta sensación de embriaguez en su sofá-cama del living, estirándose y desperezándose, antes de sacarse resueltamente la frazada de encima. Se puso las pantuflas, tropezó con las guillerminas y, un par de pasos más adelante, con su mochila. Cada noche el padre controlaba la ventana que estaba protegida por una celosía. Teresa sabía que la palabra «celosía» venía de «celoso». A través de la celosía, la hija podía observar lo cambiado que parecía el padre ni bien se escabullía de la casa por las mañanas. Ahora ella asomó la cabeza por la puerta del aposento de los mayores y tuvo que entrecerrar los ojos, encandilada por el sol que inundaba la pieza y sumergía todo en una luminosidad corrosiva. Pestañeó, alternando claridad y oscuridad, hasta que sus ojos se acostumbraron a la abundancia de luz y dejaron de dolerle. La madre se había colocado una almohada detrás de la espalda; a su alrededor se extendían misteriosos paisajes de tela, sombríos y dorados senderos que se derramaban en campos distantes, y entremedio se alzaban pliegues, tantos como en una capa suntuosa. La madre se le antojaba a la hija como una aparición, como la blanca y caritativa virgen en la gruta, donde la fuente de luz solo puede ser ella, la madre reluciente que nos llama desde la distancia y a la que peregrinamos porque ofrece abrigo y consuelo, porque estamos avergonzados de nuestras faltas y deseamos pedir perdón. La madre sonríe bondadosa y le hace señas a la hija para que se acerque. En esos instantes ocurren los milagros, porque gracias a ese gesto inconfundible la hija olvida las molestias y fatigas del camino, las horas nocturnas de separación, la guardia en el umbral de la infancia, la angustia por la madre, la opresiva incertidumbre en el corazón y el peso de las pesadillas, la sed insoportable a mitad de la noche, levantarse e ir tanteando en la penumbra, quedarse escuchando en las inmediaciones del baño, contener la respiración y oír pegada a la puerta, los cerámicos helados, los pies desnudos como dos medias lunas acostadas y la marea de contricción porque hoy, con su semblante despejado y el pelo negro echado hacia

atrás, la madre de Teresa se parecía a la Santísima Virgen del Monte, o también a la hermosa Virgen del Cerro, ante la que se arrodillan los peregrinos para depositar las flores recolectadas a la vera del camino y con ellas todo el cansancio y las preocupaciones.

El lugar del padre estaba vacío, su pijama hecho un bollo. La hija se subió a la cama matrimonial para, a la altura del cuadro de la Sagrada Familia, encomendarse a San Cristóbal, colocar un pie entre las piernas extendidas de la madre y con el siguiente paso alcanzar el otro lado. Durante el cruce, la madre paseó la mirada por el camisón de su hija. A través de la tela semitraslúcida reconoció su tierno cuerpo de antaño, no se cansaba de mirar esas extremidades delgadas, los hombros angostos de su hija, el pequeño tórax plano que subía y bajaba al ritmo exacto del suyo, muy cerca. Apretó la carne de su carne tan fuerte contra sí misma que Teresa gritó:

—¡Aua! Me lastimás, mamá.

—Aunque te quiero tanto. Perdoname, angelito.

—¿Hasta dónde llega tu amor, mamá?

—Hasta el cielo, Teresa. Ida y vuelta.

—¿Y cuánto dura?

—Mientras las dos estemos vivas y más allá también: una eternidad.

—Una eternidad —reiteró la hija.

Tiempo atrás, al cabo de una pelea horrible, había trabajado febrilmente en este juramento, hasta que cada una de las preguntas y respuestas elucubradas habían quedado establecidas y tarde en la noche se había visto transportada, por su madre, a la cama, y, por la fe, a creer que la repetición del voto solemne tornaría esa querida intimidad en algo para siempre inquebrantable.

La noticia del embarazo le cayó de sopetón y destruyó de golpe el idilio. A Teresa no le resultaba tan inaceptable el hecho de dejar de ser el todo único para su madre (para su padre, tan tenso, tan ausente), porque admitía que más allá de lo que dijeran los adultos, y por mucho oficio que pusieran en mantener a raya su entusiasmo por lo nuevo, la cuenta ya no cerraría y Teresa tendría que aprender a convivir con una segunda realidad. Lo que más la confundía era una imagen que se había difundido dentro suyo y guiaba la atención, sin ornatos, hacia lo que escondía la llegada de lo que llamaban felicidad hogareña. Una imagen impúdica.

Que ponía las cosas al desnudo, concebibles. Se trataba de los cuerpos de sus padres. Aunque permanecía borrosa, la imagen le lastimaba la retina. Los ojos lagrimearon. Teresa no lloró. Las piernas, los brazos, las manos, los pies, los padres se fundieron entre sí y no hubo forma de diferenciarlos. Una auténtica pesadilla. La noticia sobre la descendencia debía ocultar lo indecente, debía engañar y despistar a la parentela, a los amigos y a los conocidos, todo era tan confuso que resultaba imposible pensar con claridad. Clara guardó silencio y Teresa sintió un malestar profundo, contra el que luchó con la mayor urgencia. A su modo de ver, el incidente era perturbador, deshonroso y en exceso agravante. Estoy grave, mamá. ¿Papá tiene guardia otra vez? Porque de pronto me siento mal, tengo mareos, no, vos no tenés la culpa, enseguida se me pasa. Teresa batallaba con una voz interior, hasta que se dio cuenta —repentinamente, como en una revelación— de que en esta circunstancia enojosa había algo que le daba a la historia una vuelta de tuerca inesperada. Antes de que el padre llegara con la sorpresa y ella probara la utilidad de esa lupa de segunda y los tres santos inocentes volvieran a sus rutinas, la madre le había aclarado el panorama completo. Como si el aparatoso derroche de palabras hubiera sido un examen, Teresa logró ver en él un presagio que reafirmó sus ideas y visiones de futuro.

Un pensamiento súbito como un rayo iluminador la había tranquilizado hasta nuevo aviso: antes de la celebración número doce de su cumpleaños en el círculo íntimo de su familia, se convertiría en hermana, en la hermana Teresa, y eso —la verdad sea dicha— no sonaba nada mal.